

ARTÍCULO

Cine, vida y derecho. Palabras en recuerdo de Mario Ruiz**Cinema, Life and Law. Some Words in Remembrance of Mario Ruiz**

Cristina García Pascual
Departamento de Filosofía del Derecho y Política
Facultad de Derecho
Universitat de València

Fecha de recepción 01/06/2019 | De publicación: 27/06/2019

Muchas cosas podríamos rememorar aquí sobre nuestro muy querido amigo el profesor Mario Ruiz aunque ninguna de ellas resulte fácil. Escribiendo estas líneas bien podrían estar otros, Mario era una persona muy querida o mejor aun alguien al que era muy difícil no quererle, no tenerle al menos simpatía y él a su vez era muy generoso con sus sentimientos. Cada uno tenía un Mario y me imagino que todos los que leáis este texto tendréis bien presentes, una conversación, una anécdota o tal vez el rato que pasasteis con él aquel día hace, o no hace, tanto tiempo.

A mí me gusta mucho escuchar hablar de él y espero que a vosotros también os guste oír o leer algunas historias del Mario que yo conocí.

Me centraré como se nos ha pedido a los participantes en esta mesa, y para no caer demasiado en lo sentimental, cosa que por otra parte a él le hubiera provocado gran diversión, en el Mario cinéfilo y en la relación que establecía entre el cine, el derecho y la docencia. Como todos sabéis para Mario el cine era una gran pasión, casi casi una adicción, que mantuvo a lo largo de toda su vida.

Desde que nos conocimos haciendo la tesis como becarios con el profesor Javier de Lucas en el viejo edificio de la Facultad Derecho en la avenida Blasco Ibáñez, hace ya muchos años, Mario iba al cine casi de manera sistemática todas las semanas, una, dos o tres veces. A menudo conseguía ver la cartelera entera. A veces iba en compañía y muchas otras veces solo. Cuando íbamos juntos el ritual siempre era el mismo: nos veíamos en el cine y a la salida me acompañaba a casa. Mientras caminábamos Mario comentaba la película a mi, ignorante amateur, frente al experto de cine. Ángulos picados o contrapicados, cámara lenta o acelerada, cámara en mano, acciones o diálogos fuera de

campo, fundidos, macguffins, plano secuencia, películas muy bestias, muy frikis, muy malas, maravillosas.

Cuando Mario conoció a Isabel creo que ya nunca mas fue solo al cine, entonces cuando algún viernes quedaba con ellos, a veces con Massimo, la ceremonia se repetía. Nos veíamos en el cine o cenábamos antes en un barucho turco. Y luego tras la película Isabel y Mario nos acompañaban a casa. Por el camino, o, a lo largo de los días siguientes discutiríamos la película, porque ir al cine es sin duda un gran placer, pero hablar de cine no le va a la zaga.

Permitidme recordar algunas de las películas que vimos o, al menos, comentamos y discutimos en los últimos años.

Mario había quedado deslumbrado por algunos exponentes contemporáneos del cine austriaco. Concretamente, apreciaba muchísimo la obra del director Ulrich Seidl y su trilogía *Paraíso* compuesta por los films: *Amor*, *Fe* y *Esperanza*¹. Considerada una obra maestra, “uno de los trípticos cinematográficos más memorables de la posmodernidad”, en palabras de Werner Herzog, no es sin embargo una obra para todos los públicos. En realidad, yo no conozco nadie que la haya visto entera además de Mario e Isabel. Se podría decir que no todos los espectadores están preparados para (o dispuestos a) soportar el cine de Seidl.

La trilogía, como bien resume Francisco Calvo Serraller, muestra aspectos de la vida de tres mujeres austriacas, de clase media, pertenecientes a una misma familia, en edad de tránsito hacia la madurez, la vejez o hacia la adolescencia y en busca de su paraíso terrenal. En la primera, “Amor”, Teresa, una mujer en la cincuentena, con una hija de 13 años a su cargo, Melanie, parte de vacaciones hacia las turísticas playas de Kenia en busca del amor y se acaba enredando en un turbio y desolador asunto de prostitución con nativos. En la segunda, Anna Maria, pariente próxima de la anterior y también en la madurez, emplea su periodo vacacional sin moverse de su lugar de residencia para afianzar su fe católica y evangelizar a sus conciudadanos, aunque la aparición de su exmarido, un disoluto egipcio inválido de fe musulmana, complica hasta lo insoportable sus piadosos planes. En la tercera, la antes citada Melanie, respectivamente hija y sobrina de ambas, que ha sido inscrita en un

¹ *Paraíso: amor* se estreno en España el viernes 16 de agosto de año 2013, *Paraíso: fe*, el 23 de agosto, y *Paraíso: esperanza*, el 30 de agosto del mismo año.

severo campamento para adolescentes con sobrepeso, trata de seducir con incierto éxito al médico de la institución, unos 40 años mayor que ella. Las tres, en fin, quedan frustradas en sus ilusos planes veraniegos, basados, creyentes o no, en las tres virtudes teologales citadas².

La sordidez, la desolación de sus personajes, y la crueldad de la filmografía de Seild entronca con la tradición cultural austriaca de los que han sido denominados “generación colérica”³, con las obras literarias de Thomas Bernhard (1931-1989) o de Elfriede Jelinek (1946) o con el cine de Michael Haneke también muy del gusto de Mario. La idílica y bucólica Austria, el país donde nunca pasa nada, donde algunos incluso se cuentan a sí mismos como una población más víctima del nazismo, se nos muestra en la obra de Haneke o Seild llena de rincones oscuros, de soledad, de vacuidad, de la oscuridad de la naturaleza humana en ciudades y pueblecitos con corazones tallados en la madera de las contraventanas. Pero el retrato de Seild no se detiene ahí, en la representación demoledora de la sociedad austriaca actual, la crítica se extiende perfectamente a todo el mundo occidental desarrollado, tan opulento y nihilista que, como se ha dicho, “cifra sus más altas expectativas en el ocio vacacional”⁴.

Lo que el cine nos da aquí, lo que el cine expresa, desde la ficción no lo obtenemos a través de estudios sociológicos, en cierta medida tampoco a través de un libro de historia, y mucho menos desde el conocimiento completo de las normas jurídicas. Recuerdo el impacto que nos causó el film “La Cinta blanca” de Michael Haneke, cuantas vueltas le dimos al ambiguo final. La capacidad del director de tenernos a nosotros, e imagino a tantos otros, hablando sobre la película mucho después de haberla visto, de interpretar incluso más allá de los objetivos del propio director el film en clave de genealogía social del nazismo. Y es que el cine, el buen cine, oscuro o luminoso, con protagonistas felices o desgraciados, se muestra como una llave de conocimiento del mundo, para alguien sediento de saber, para el curioso, un alimento que se distribuye en las salas cine en las que más de una vez Mario e Isabel se encontraron solos. Será verdad, como dijera Godard y repitiera Mario, que el cine es el arte del siglo XX ya no del siglo XXI.

Pero como decía, en los últimos años Seild era el director de Mario, su entusiasmo era tal que pensé en aventurarme y ver la primera película de la trilogía. Pero --¿me gustará? – le pregunté. --No--,

² F. CALVO SERRALLER, “Barroco”, *El País*, 20 enero 2015

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

me contesto riéndose de pensar solo por un momento en mí, ante la pantalla, viendo una película extraordinaria sí, pero muy lejos de mis gustos. Desde luego tardé mucho en decidirme, pospuse el momento porque, como muchos, a veces no estoy de ánimo para ver determinado cine de autor, no quiero ver tragedias o amarguras, me asustan los ambientes sórdidos.

Y esta era justamente la actitud que Mario, creo, nunca entendió o al menos nunca fue la suya, nunca barajó ese argumento tan común en el espectador medio que valora si le compensará ver una película cruel, de esas que ya en la sala te revuelves en la silla y luego en casa te vuelven a la mente una y otra vez sus imágenes, tal vez de desolación, de frustración, de miseria espiritual, de inmensa tristeza. El espectador Mario, el sarcástico, irreverente, jovial, Mario, nunca evitó una película por estas razones, porque creo que nunca fue al cine con la única intención de pasar el rato con una comedia alegre. Para Mario increíblemente el cine era una cosa seria, no un mero entretenimiento, “un medio de comunicación excepcional” o, como le justaba decir, “exquisito”. Utilizando su lenguaje: una cuestión no solo de escopofilia, placer de mirar, sino también de espistefilia, placer de conocer, dimensiones unidas inextricablemente en su mirada de espectador⁵.

Y es aquí donde nos encontramos con el derecho y no lo digo por la seriedad, sino porque el derecho, en contra de los que pensó Kelsen, no se explica a sí mismo. Los operadores jurídicos, pero también los estudiantes de derecho necesitan mirar a fuera, necesitan otros lenguajes y el ejercicio de imaginar otros mundos posibles para poder cumplir su función de juristas de manera correcta. Necesitan del conocimiento de la realidad de los hombres y el lenguaje del cine es muy potente para transmitirlo, permite aproximarnos a situaciones humanas a las que tal vez, algún día, los estudiantes de hoy, se enfrentarán o incluso tendrán que calificar, valorar o retribuir en el momento en que se conviertan en profesionales del derecho.

Muchas páginas, escribió Mario, sobre esta capacidad del cine para impulsar al buen jurista, para llevar al estudiante de derecho hacia una comprensión del mundo y de las circunstancias de los hombres. Conocéis también su pasión por el cine documental del que escribiera hermosas páginas publicadas como el artículo “Documentales y derechos humanos: de esquimales a militares” publicado en el n.15 de la revista *Teoría y derecho*, 2014 o el estudio introductorio “Ver, oír, pensar los derechos

⁵ M. RUIZ, Estudio introductorio en *Ver, oír, pensar los derechos humanos a través de los documentales*, Educar la mirada, Tirant lo Blanch, 2015 p.27.

humanos a través de los documentales” en el libro colectivo *Educación la mirada* coordinado por los profesores José García Saéz y Raquel Vanyó y publicado en Tirant lo Blanch, 2015.

Justamente una de las últimas películas que vimos juntos y que nos gustaron muchísimo tenía el formato de un falso documental “Selfie” dirigida por el joven Víctor García León y rodada con apenas 10.000 euros, una proeza. Cuenta la historia de un joven, Bosco (interpretado por Santiago Alverú), hijo de un ministro imputado por corrupción, malversación de fondos públicos, blanqueo de capitales y otros delitos económicos. “Selfie” cuenta su historia desde que lo expulsan de su lujoso chalet en la Moraleja hasta que entra a pedir trabajo en la sede de Podemos, con sus angustias sentimentales y sus miserias. Un joven, pues hijo de la elite española de la corrupción, parecido a alguno de los estudiantes que también se pasea por nuestras facultades. Pobres niños de papá que piensan en sacarse el grado en derecho y luego hacer un master en una escuela de negocios, que piensan en la carrera en derecho como un trámite hacia un futuro de negocios más o menos turbios, pero siempre muy lucrativos, porque solo un tonto, un iluso, un podemita en la película, puede pensar que el objetivo de una vida no pasa por acumular mucho dinero y disfrutar de todo aquello que se puede comprar. A estudiantes como ese y como otros, con tal vez intenciones menos prosaicas, se dirigía Mario con toda su artillería pesada, con argumentaciones provocativas, con sorprendentes afirmaciones que nunca esperaron poder oír en boca de un profesor en la Universidad, y desde luego con referencias cinematográficas, muchas referencias cinematográficas. Para ellos tras la reforma del Código penal transmitió un mensaje único. Un día en la Facultad de derecho de Tarragona, uno de los primeros días de clase de Filosofía del derecho, sacó su viejo código penal, el que nosotros estudiamos en su día, y arrancó una hoja primero, después otra y las fue quemando con un mechero ante la mirada atónita de los estudiantes. Porque como bien sabéis todos, “tres palabras rectificadoras del legislador convierten bibliotecas enteras en basura”. -- ¡Despertad jóvenes! ¡Buscad ese conocimiento que no se desvanece con un acto de voluntad! Mirad como ha quedado el principio de presunción de inocencia, mirad las depauperadas garantías del procesado. Pensad, estudiantes, en lo que habéis aprendido o en lo que os podréis llevar de esta facultad que no esté amenazado por la reforma de un legislador a menudo irracional--.

Cuantas veces Mario contó esta anécdota, llegué a dudar de su veracidad. Mario había visto muchas películas, y sin embargo *Patata brava* me devolvió la escena en varias versiones y en toda su teatralidad. Pero ¿cómo se le ocurrió una idea así? Él me decía que había sido todo improvisado que se

había calentado pensado en la reforma del código penal, en lo maltrecha que había quedado la presunción de inocencia... etc. –Sí, claro-- le decía yo, --te calentaste, no lo dudo, pero qué coincidencia que tu, que no fumas, llevases ese día un mechero en el bolsillo--.

En 2017 tal vez antes o después de “Selfie” fuimos a ver “Pielés” la película de Eduardo Casanova, un genio de 24 años, que presenta una galería de personajes atrapados en cuerpos fuera de la norma en un mundo que excluye y que maltrata al diferente. De nuevo una película que no es para todos los públicos, de las que hace sentir al espectador verdaderamente incomodo en la sala, que le muestra realidades que no quiere ver, o en las que no quiere pensar una combinación de sordidez y estética *Hello Kitty* que nos llevó a largos silencios desde el cine hasta la puerta de mi casa. Años antes ya habíamos visto una película con un argumento, en cierta medida similar, sobre la cárcel del cuerpo, pero realizada con una mirada infinitamente más alegre, más benévola con la naturaleza humana, e increíblemente más real. Me refiero a la película *Las sesiones* de Ben Lewin, rodada en Estados Unidos en el año 2012. Un film basado en la vida de Mark O’Brien, un periodista y poeta víctima de la polio, enfermedad que le condenó a vivir paralizado y dentro de un pulmón de acero. *Las sesiones* cuenta la historia de cómo Mark O’Brien (John Hawkes) decidió perder su virginidad a los treinta y ocho años, ayudado por Cheryl (Helen Hunt), una terapeuta sexual, y confiarle sus experiencias físicas y emocionales al padre Brendan (William H. Macy).

Aparentemente nada que ver con el derecho y sin embargo tanto. El film da para un seminario entero sobre el concepto de autonomía de la voluntad, sobre la libertad, sobre la tan traída y llevada dignidad de la vida humana.

La verdad es que la síntesis del film no invitaba a ir a verlo. Repito trata de las inquietudes sexuales de un protagonista que no puede ni sentarse, ni ponerse en pie, apenas si puede mover el cuello, y de las luego dará cuenta en charla a su amigo sacerdote que escuchará desconcertado la increíble vida sexual de uno de sus feligreses con más difíciles condiciones de vida. De hecho, alguno de los que fuimos al cine ese día fue engañado sobre el tipo de película que íbamos a ver, pero todos salimos felices, muy felices del cine.

Y eso que la película acaba mal, como la vida misma, el protagonista muere, lo puedo decir porque es una historia real, pero lo fascinante es el relato que se nos presenta de como son sus días

hasta el momento final. Limitado por su precaria salud su gusto por la vida, sus ganas de vivir, su capacidad para disfrutar no es solo extraordinario sino también envidiable, sorprendente, un ejemplo contagioso de alegría de vivir en estado puro. Y algo ya pensé entonces, allí sentados en el cine, pero ahora me parece totalmente claro, como el protagonista de esa película, tal cual así, fue, durante muchos años, la vida de Mario Ruiz, contagiosa alegría de vivir.